

---

---

## Sección Oficial

---

### Incorporación de miembros honorarios extranjeros

---

Con motivo de la reunión del Tercer Congreso Científico Panamericano en esta ciudad, durante los días 20 de Diciembre de 1924 a 6 de Enero de 1925, el Instituto Histórico celebró una serie de sesiones solemnes para incorporar en su seno a distinguidos hombres de ciencia extranjeros, en calidad de miembros honorarios.

La primera de esas sesiones se realizó el 27 de Diciembre del año próximo pasado. Presidiéndola el señor Ministro de Relaciones Exteriores, doctor don Alberto Salomón, Presidente del Congreso Científico, y el Presidente del Instituto señor Gutiérrez de Quintanilla; y concurrieron a la ceremonia, aparte de los miembros de la Corporación, numerosas damas y caballeros, miembros del Cuerpo Diplomático extranjero, delegados al Congreso Científico con sus familias y gran número de universitarios.

---

## SESION DEL 27 DE DICIEMBRE DE 1924.

El Presidente del Instituto, señor Gutiérrez de Quintanilla, inició el acto leyendo el siguiente discurso:

Excmos. señores; señoras:

El centenario de la gran batalla peruana, ganada por el heroico ejército Libertador, une a cinco naciones en la glorificación de los pueblos que en Ayacucho destruyeron el vasallaje de colonos, para organizarse en repúblicas independientes y soberanas. Por eso, la expansión del sentimiento patrio en este Instituto Histórico del Perú, os invita á solemnizar la gloria de las virtudes cívicas y militares de los libertadores, con el recuerdo de la gratitud, y con la admiración exaltada por el conocimiento cabal de los esfuerzos necesarios, las resistencias vencidas y los sacrificios consumados.

La victoria de Ayacucho no fué solamente acción de guerra que conquistó en Sud América la libertad de un pueblo, y afianza la ya ganada por otros. Fué también orientación de todos ellos hacia la cordial fraternidad del sentimiento, y la solidaridad de intereses nacionales, unificados por la homogeneidad de la raza, el común destino y la necesaria defensa. Ella define en la vida de Sud América un internacionalismo de concordia, y deja sentir juntamente la necesidad de acordar un código internacional público que sea exposición del sentimiento y el derecho de la fuerza y la independencia colectiva de las repúblicas hispano-americanas, frente a las poderosas naciones del viejo mundo.

El genio de Bolívar antevé las situaciones de fuerza, en más de una ocasión provocadas en nuestras costas, por banderas de otros mares; y en su espíritu fulgura la idea de la Gran Federación americana, considerada por él como "complemento de la estabilidad y solidez de los Estados de

este continente, y como la obra más espléndida de la política de América”, “en cuya realización fija el término de su carrera pública”. Así expresa el general José Gabriel Pérez, secretario de su Ex. el Libertador, en nota que dirige desde Arequipa, y á 23 de Mayo de 1825, al Excmo. señor Ministro de Relaciones exteriores de la República de México.

La victoria de Ayacucho había dictado á nuestra raza su gran lección. Si fué ella el éxito de las fuerzas unidas para batallar, unidas debieron permanecer para cumplir los destinos que a la América tocan, en el mayor desarrollo de la cultura, y en el entronizamiento de la justicia, defensora de la paz.

Afianzando esa victoria la existencia y la soberanía de las repúblicas hispano-americanas, no quebrantó los lazos, ni los afectos, ni los deberes de la raza, aunque entre sus dos grandes reparticiones se interpusieron la inmensidad de los mares. Nuestra raza ni es toda española, ni es toda americana. Allá está la madre España, y acá está la juvenil América, hija de España.

La raza unida es la fuerza de una ley, pero separada, es la fuerza de la conquista,—se ha dicho.

La raza de la madre y de la hija no cumpliría en provecho de la civilización la ley de su existencia, si espiritualmente no suprimiera la distancia del Océano; si allá y acá no palpitase un solo corazón; si un solo pensamiento de común grandeza y de mayor bienestar humano, no trazara el rumbo de su acción; si la libertad no cambiara dentro de la raza, la relación feudataria de soberano y colono, que separa, por la relación de igualdad y fraternidad, que une en el deber, en la paz y en la gloria de la raza.

El sentimiento de poderosa unidad nos hace a los americanos hijos de dos patrias: dos en la ubicación geográfica; pero una en los deberes comunes.

La libertad política confirió a la rama hispano-americana del gran tronco ultramarino, la responsabilidad de su

cooperación autónoma, en los destinos de la raza, frente á los vaivenes internacionales del mundo; porque si esa libertad triunfante desató los lazos de la menor edad, en cambio y ante un porvenir no menos glorioso que el pasado de España, la victoria de Ayacucho valió tanto como un juramento de fidelidad a los intereses que en ambos continentes tenemos americanos y españoles, y que todos juntos, los de acá y los de allá, no pueden ser más que uno solo.

España noble y generosa! eres la cuna de nuestra raza, fe de nuestro corazón cristiano, voz hermosa de nuestros sentimientos, casa solariega de los grandes de la tierra que fueron nuestros mayores. España! eres el hogar de nuestros bizarros abuelos, y la madre patria de la patria americana, á tu sombra nacida.

España! tus hijos de ultramar te aman, como los que viven allá al abrigo de tu bandera. La grandeza de la América española será la mayor de tus glorias.

---

En nombre del Instituto Histórico el doctor Luis Varela Orbegoso, saludó, a los académicos honorarios con el siguiente discurso.

Señoras:

Señores:

El Instituto Histórico se siente noble y sinceramente honrado al incorporar, en su seno, como miembros de honor, á los historiadores más prominentes y más prestigiosos de la América.

Sabe muy bien el Instituto Histórico que su acción y sus estudios no tienen, ni pueden tener, fronteras en el continente de Colón; que la historia nuestra se confunde con la historia de los demás pueblos americanos y que la historia de los

demás pueblos americanos se confunde, en lapsos sustanciales de su vida, con la Historia del Perú.

Pueblos diversos, razas diversas, se asientan, desde los más primitivos tiempos, en la que es hoy región peruana; culminan en civilizaciones admirables y sueñan con expandirlas en los pueblos del mismo continente. Y realizan su ensueño; éxodos civilizadores inician su obra, desde el Chimu y Pachacámac, desde Nazca y el Cuzco, y derraman con esfuerzo extraordinario, desde el Magdalena riante hasta el fiero Calchacuí la simiente engendradora de su cultura inocente, ingenua y primitiva.

Estos pueblos tranquilos, estas razas artistas, llegan a ser vencidas y dominadas por la tribu guerrera que, al conjuero de Manco, se ha formado en el Cuzco.

Y la civilización y la cultura de esa tribu, civilización y cultura nacidas de la fuerza, y, como tales, espiritualmente débiles y lógicamente fugaces, tratan de imponerse, a su vez, en el continente americano. Emplean para ello medios marciales y rotundos; van en las puntas de las lanzas, en las cuerdas tendidas de los arcos, en las plumadas flechas. Esa civilización no hubiera podido expandirse y hubiera perecido, en un instante, como pereció el imperio, si los incas no hubieran poseído un espíritu gubernamental y administrativo maravilloso.

Príncipes de las tierras conquistadas vienen al Cuzco a adquirir la ciencia del gobierno; administradores diestros salen del Cuzco a regir las nuevas conquistadas provincias. Y como si esta pacífica penetración, después de la conquista bélica, no fuera suficiente, se trasmigran pueblos, se confunden razas y se unen dioses, tradiciones y leyendas.

El soberano del Cuzco avanza más allá de la tierra de Quito, progresa más allá de la sierra argentina, desciende más allá del desierto araucano. En toda la América, desde los ríos que mueren en el Atlántico, hasta los que forman el claro bello Plata y los mezquinos surcos líquidos que agoni-

zan en su triste viaje al Pacífico, el soldado del Inca ha llevado el pendón del Iris para reflejarlo en la infinita inmensidad del Mar.

De allí que los historiadores del Perú, al estudiar su historia patria, en las épocas preincaica é incaica, estudien, indispensablemente, toda la historia de América, porque toda la historia de América, preincaica e incaica es una, dentro de la vieja civilización andina; es una en el dominio, en la administración y en el gobierno del Inca, soberano del Cuzco.

Y, cuando, en la mutación de los tiempos y en el lógico derrumbe del Imperio, surge en América una nueva entidad histórica, vuelva hallar su centro de acción en la tierra peruana.

Los guerreros audaces que consumaron la conquista de la América austral vinieron al corazón mismo del Imperio incaico para herirlo y vencerlo. Trecientos años después vendrán al Perú los hombres libres para herir y vencer al Virreinato. Y es del Perú de donde parten los guerreros, héroes de epopeya, héroes de leyenda, héroes homéricos que van a todos los confines a consumir la conquista americana. Pizarro queda en Lima, en la ciudad riente y sensual, que ha escogido para pedestal de su gloria y en la que ha de hallar la muerte fratricida; pero sus tenientes parten por todas las tierras ignotas llevando las órdenes y el espíritu de su capitán; Balcazar vá hasta Popayán y hásta Quito; Almagro vence el desierto, y Valdivia doma el Arauco; Gabriel de Rojas marcha al Desaguadero y a los Charcas; Alvaro Enríquez del Castillo domina a los Tabalosos; Diego de Rojas realiza la estupenda entrada al Tucumán; Gonzalo Pizarro se pierde en la épica empresa de Canela; Orellana realiza la hazaña maravillosa del Amazonas; todos, sin excepción alguna, esos héroes de gesta, del Perú parten para consumir sus hazañas asombrosas. Los que no salen de aquí, como Martínez de Irala y Nuflo de Chávez anhelan la venida y sienten el truncar de sus deseos y de sus esperanzas por el Destino y la Muerte.

En la obra maravillosa de la conquista americana, como en los días preincaicos e incaicos, sigue siendo el Perú el punto central de la historia del continente.

De allí que en esos días también la historia del Perú y de América sean una sola y misma historia, se vinculen y confundan. Es del Perú que parten los dictados y las órdenes; es en el Perú que se organizan las expediciones conquistadoras; es al Perú que vuelven los guerreros a ocultar sus fracasos o a traer sus laureles. Al escribir la epopeya legendaria de la conquista americana, se escribe la historia de la conquista del Perú y se hace el relato de las luchas civiles de los titanes que la habían consumado.

Terminada la conquista, se implantan las reglas del gobierno y la administración de organiza y es el Virreinato de Lima, el Virreinato que, como centro, el Poder Real escoge. El Virrey de Lima es el Virrey de América; su voluntad trasunta la regia voluntad en el gobierno del continente. En Lima se concentra la administración militar, económica y política de América, y la voz del Virrey peruano resuena, con imperativo mandato, del Atlántico al Pacífico, del istmo panameño a la Tierra del Fuego.

En toda aquella edad, como la otra, "enorme y delicada", mientras las patrias se plasman, la historia americana en el Perú se hace. No importa que el cuerpo enorme se desarticule y divida, que nazcan nuevos flamantes virreinos y nuevas flamantes capitanías generales, porque el nexo subsiste, la unión perdura y la vida es la misma.

Al estudiarse y escribirse la historia de cada uno de los pueblos de América, en los días de la denominación, se estudia y se escribe, al mismo tiempo, la historia del Perú.

Llega, al fin, para el continente, la hora de la libertad y de la independencia, y en todos los pueblos y en todos los hombres americanos, sin diferencia alguna, surge el espíritu indomable y la resolución inquebrantable de romper toda servidumbre. El movimiento es continental; unos pueblos,

más felices, se adelantan; pero todos son unos, desde el primer momento, y todos, sin excepción, han acudido al llamado de la Libertad y de la Raza.

Y allí vuelve a sentirse nuevamente la íntima unión del continente todo con el Perú. La América no puede ser libre si el dominador no ha dejado para siempre el continente, y el dominador, en el Perú tiene reunido todo su poder y toda su fuerza. El Virrey domina todavía y le acompañan generales que vencieron a las huestas napoleónicas invencibles. El Perú se resuelve contra el opresor omnipotente; es una lucha titánica entre el espíritu que ama la libertad y la fuerza, brazo del despotismo.

Comprende toda América, con súbita comprensión, que la libertad del continente es efímera y es vana, si el poder regio no es arrancado de su propia raíz y despojado de su fuerza. Si la tierra peruana sigue siendo un Virreinato, la independencia del continente no será firme, ni segura; se dá cuenta clara de que los elementos de los patriotas de Lima no bastan para derribar al Virreinato que en Lima ha concentrado todo el Poder español y acuden para la lucha fraterna, de todos los puntos de la Rosa de los vientos, los libertadores inmortales, y San Martín, el Gran Capitán de los Andes, y Bolívar, el Genio de la Libertad americana, y Sucre, el Abel de América, y Garzón y Guido y Córdoba y Necochea, Suárez y Lara y todos confunden sus banderas con las banderas del Perú, y todos juntan sus espadas con las de La Mar y de Nieto, de Pezet y de Vivanco y de toda la plejade gloriosa de los gloriosos soldados peruanos.

Y para consagración de la unidad incostratable de América, todo se une en el mismo campo de la batalla definitiva y triunfal, y ese campo es un campo del Perú.

Así, como la historia preincaica e incaica, como la historia colonial es una para el Perú y todo el continente, la historia de la revolución y de la independencia es también una para todo el continente y el Perú.

Las historias respectivas de los pueblos australes y de

los pueblos septentrionales del continente americano tienen apenas vagos vínculos entre sí; pero todos se estrechan en el Perú y así cuando en Caracas y en Buenos Aires, en Bogotá y en la Paz, en Quito y en Montevideo, se quiere escribir la historia de la propia patria, se tiene que escribir, indefectiblemente, la historia del Perú; y cuando nosotros queremos escribir nuestra propia historia, escribimos, al mismo tiempo, cada una de las historias de las patrias americanas.

Por eso, el Instituto Histórico del Perú que conoce su elevada misión, la transcendencia de su obra y la extensión de su responsabilidad, recibe en esta hora, en homenaje a la magna fecha centenaria, y las coloca en un sitio de honor, a eminentes figuras de historiadores americanos.

Nos honramos inscribiendo a personalidades culminantes de la ciencia americana en el cuadro de los miembros honorarios del Instituto Histórico del Perú, que hasta ahora sólo guardaba el nombre egregio de Rafael Altamira.

Desde hoy en nuestros fastos han de figurar como miembros honorarios del Instituto Histórico del Perú los historiadores argentinos Roberto Levillier y Martiniano Leguizamón; los venezolanos Pedro M. Arcaya y Laureano Vallén; los colombianos Antonio José de Uribe y Fabio Lozano T; los ecuatorianos Jacinto Jijón Caamaño y Cristóbal de Gangotena Jijón; los uruguayos Eugenio Garzón y Hugo Barbagaleta; los bolivianos Franz Tamayo y Alcides Arguedas; los mexicanos Manuel Romero de Terreros y Rafael Heliodoro Valle y el norteamericano Marshall Saville.

¿Quién no conoce en el Perú y en América a Roberto Levillier? ¿Quién no ha leído su bello libro sobre orígenes argentinos; qué historiador no ha utilizado sus estupendas colecciones documentales; dedicadas principalmente a la historia peruana en los siglos XVI y XVII? ¿Quién no admira sus estudios sobre conquistadores y gobernadores coloniales? ¿Quién no aplaude las artísticas evocaciones de la Lima romántica realizadas por este diplomático sutil, este claro espíritu comprensivo, este caballero sin reproche y sin tacha?

Hacia tiempo que Roberto Levillier era de los nuestros, en la clase de correspondiente; desde hoy figura entre los miembros de honor.

Martiniano Leguizamón es uno de los grandes patriarcas de la historia argentina; sus altos méritos le tienen en el puesto culminante de Presidente de la Junta de Historia y Numismática Americana de Buenos Aires.

Pedro M. Arcaya es magistrado, es político, es diplomático, es historiador; suya es la más completa historia de la conquista venezolana; sus "Ensayos de sociología venezolana" son una obra clásica; ha profundizado en la vida de los personajes y en los hechos de la historia de su patria y ha recibido el homenaje de las más doctas academias, que se honran teniéndolo en su seno.

Laureano Vallenilla Lanz es un investigador erudito y profundo, al que se debe la resolución de intrincados problemas de la historia americana y al que la Academia Nacional de la Historia de Venezuela ha dado un puesto de honor.

Antonio José de Uribe es un grande, ilustre colombiano; hombre de letras prominente, historiador altísimo y severo, su figura prócer es una gran figura americana.

¿Quién no conoce, quién no aprecia, quién no quiere a Fabio Lozano? Político, diplomático, literato, historiador, pone en la dilucidación de los problemas históricos la ciencia, la imparcialidad, la serenidad augusta que parece desprenderse de su propio persona, simpática y sugerente.

Jacinto Jijón y Caamaño que preside la Academia de la Historia de Quito, está en la cúspide de los historiadores de América. Laborioso y sabio, amante de la ciencia e infatigable trabajador de su progreso, sus obras son obras monumentales. Hombre de voluntad y de carácter, escribe la historia y la hace.

Cristóbal de Gangotena Jijón, Director de la Biblioteca de Quito, infatigable investigador del pasado colonial, ama

la evocación de las viejas ciudades y de las nobles gentes que vivieron. Su libro "Al margen de la Historia" es una resurrección deliciosa. Sus trabajos heráldicos de viejas familias de Quito y del Guayas son completos y serios. La aristocracia de su estirpe, Gangotena la transunta a su estilo y a sus libros.

Eugenio Garzón, digno hijo del prócer que fué vencedor en Pichincha, guerrero en Junín, triunfador en Ayacucho, mantiene en su labor de literato y de historiador la suprema línea de la distinción y de la exquisitez. Periodista de primera fila, ha sabido mantener en perenne ardor en la Divina Lutecia la antorcha del recuerdo a los grandes próceres de la historia americana.

Hugo Barbagelata, a quien Rodó pronosticara los prestigios del más vasto escenario, es un historiador y un internacionalista. Sus trabajos sobre San Martín, Bolívar, Garzón y las más grandes figuras de la historia americana hubieran bastado para hacer realidad la profecía de Rodó, si su espléndido libro sobre Artigas no le hubiera dado un nombre continental.

Franz Tamayo, a quien todo el continente reconoce como uno de los más altos y verdaderos valores de la América, es, en su clara inteligencia, un gran sociólogo y un eminente historiador.

Alcides Arguedas, cuya reputación ha pasado el Océano, cuyo libro "Pueblo Enfermo" es un libro continental, es el historiador de más intenso espíritu en el Alto Perú y una de las más representativas personalidades de Bolivia.

Manuel Romero de Terreros es un historiador y un artista. El arte mexicano le debe sus mejores estudios.

Rafael Heliodoro Valle, aunque nacido en la bella tierra hondureña, desarrolló en México sus extraordinarias condiciones de poeta admirable, periodista alado y sutil y renovador feliz de ideas. Es, para nosotros, un amigo sin par; por él, Santa Rosa de Lima y su bella dulce vida se difunden

en la tierra azteca; Ricardo Palma ha encontrado en él su más ardoroso y justiciero comentador y panagirista, por él Lima aumenta en la tierra mexicana sus prestigios legendarios, y su obra "Los Virreinos predilectos", el del Perú desde luego, lo consagra como historiador de altos vuelos.

Marshall Saville es un sabio arqueólogo, de universal reputación; su prestigio se asienta en su obra granítica, y su obra ha de desafiar a los tiempos.

Detallar la vida y la obra de estos hombres eminentes sería imposible en una actuación de esta especie e innecesario ante un público que por su alta cultura, conoce perfectamente el infinito valor de estas personalidades americanas.

El Instituto Histórico del Perú, al honrarse, acogiendo los en su seno, saluda a estos hombres eminentes, les recibe con fraternal orgullo y eleva por sus patrias gloriosas, madres de tales hombres ilustres, los más sinceros votos y el más ardiente loor. (Ovación)

---

El señor Roberto Levillier, en nombre de los nuevos académicos pronunció el siguiente discurso:

Señor Presidente; señoras; señores:

Cuando en un colegio electoral, compuestos de notables, surge una competencia entre varios eminentes miembros, para el desempeño de una honrosa misión, no suele ser el más merecedor el que la cumple, sino aquél que por su modesto bajage intelectual no se halla en condiciones de excitar rivalidades o suscitar envidias. A riesgo de contradecir las amables frases de hospitalidad del señor Presidente y la del señor Secretario del Instituto Histórico del Perú, cuyos gentiles conceptos me abruma, no puedo sino atribuir a esa cómoda facilidad que ofrezco, y nó a los merecimientos que me suponen, el doble insigne privilegio de haber sido elegido Académico Honorario, y el de expresar a la cultísima

Junta, en nombre de los eninentes colegas cuyas excepcionales dotes han sido tan cabalmente puntualizadas por el señor Secretario, el más sincero, el más sentido reconocimiento.

Pocas instituciones existen en el mundo cuya distinción pueda ser tan apreciada y estimada por americanos, como la que en este momento nos confiere vuestra voluntad cordial. El Perú fué en el continente, lo que España para él, desde Europa: la encarnación, la esencia de la cultura occidental. El Instituto Histórico del Perú, cuya evolución y labor acaba de señalar, en tan conceptuosas frases, vuestro talentoso Presidente, sigue conservando un prestigio que fuera de los elevados merecimientos de sus miembros, descansa a la vez en la inconciente influencia del pasado. España-Perú y todo lo suyo: ese es el pasado de cada país americano, como con tanta profundidad de ideas y tan galano estilo lo ha expresado ese maestro de la pluma que es Luis Varela y Orbegoso.

Con los inventos del siglo XIX, que acercaron Europa a América, fué Lima superada por ciudades antes inferiores; y mientras el ritmo de éstas acelerábase prodigiosamente, ella conservaba su actitud distinguida y sonriente de gran dama señorial, envuelta en la poesía queda de sus patios perfumados. Luego salió de su modorra y se embelleció, modernizándose, si bien perdiendo algunos de sus antiguos encantos. Ahora alcanza día a día la posición de una magnífica y pulida capital. Sin embargo, con cerrar los ojos al pensar en ella, no consigue lo visible, destruir la enorme fuerza constructiva de la leyenda que alimentó con lecturas y relatos nuestra primera juventud. Y por encima de lo positivo, seguimos viendo esencialmente la romántica fantasía de los artistas; y es la realidad la que nos parece mentira, y es la ficción la que nos parece verdad.

Un historiador vuestro, ¿fué historiador?; dejónos una visión kaleidoscópica maravillosa, de la sociedad limeña de antaño, que sabemos es a veces rosa y a ratos obscura, según háyanle inspirados los hechos y los personajes malqueren-

cia o simpatía, y, sin embargo de las refutaciones que le ofrece lo cierto, sigue esa imagen acaparando nuestras preferencias; tal es la fuerza de la evocación y su concordancia con nuestra moderna manera de sentir. Los personajes cuya alma, él presentara a su capricho, eso nos parecen reales, y, entre tanto, los que surgen de la desnuda verdad, no nos conmueven, y antójanosenos anacrónicos, inverosímiles, hasta inhumanos.... La apariencia del momento es lo único que pasa, pero el alma que encierra esa apariencia deja tras suyo un perfume que nunca se desvanece, una esencia espiritual que se prolonga, repitiéndose en el tiempo, haciendo ver a menudo que la fantasía sabe con la intuición crear verdades tan bellas como la carne misma. Y vuestra Lima, la Lima de nuestra América, la que buscan los poetas de todas las tierras, con sus rejas y sus jardines...rejas y jardines que desaparecieron sin perderse ninguna de las flores que a su amparo se alzaban, porque ellas sobreviven bajo otras formas, no es la Lima progresista que a nuestros pies se extiende y se afina: es la Lima del malicioso irreverente y gran artista que fué Ricardo Palma.

Pero alejémonos conservando como un fanal la misma idea.

Hace tres siglos, años más, años menos, vivía en la blanca y apacible Córdoba de Andalucía un espíritu igualmente malicioso, irreverente y artista que así como Palma tallara con su cincel una Lima llena de gracia y de fantasía, trazó de la conquista una imagen voluntariamente hecha al uso de un hijo de ñusta, destinada a difundir en las generaciones venideras, una idea magnificada de las virtudes y capacidades de la raza materna a la vez que de odio y condena para la raza conquistadora a la que debía él, la vida, el idioma y la pluma que le diera celebridad.

Aun pesa sobre la verdad de la civilización y el primer choque de ambas fuerzas, el fino tejido de embustes y de errores, aparentes, engarzados en la historia de Garcilaso de la Vega, con tanta astucia solapada, como amenidad. Día a día descúbrense sus alteraciones de los hechos y sus inter-

pretaciones capciosas y siempre parciales de los caracteres que anhelaba ensalsar o hundir. Día a día se disgrega su fama de historiador; mas quien lo comienza lo sigue leyendo, y quien lo ha leído no le olvida, hondamente tocado por su arte de cuentista. Fué indudablemente un gran cuentista; quizás el mayor cuentista que haya acercado su fantasía al manipuleo de la historia... Con todo, ni los ataques de Menéndez y Pelayo y los que siguieron la misma vía; amparados en la autoridad del gran crítico, han logrado destruir el prestigio de que injustamente sigue gozando; singular triunfo de la belleza sobre la verdad; enseñanza de que la crítica es estéril mientras al error no se le oponen la prueba que destruye y el documento que ofrezca la nueva cierta.

No disponemos aún de testimonios suficientes en lo que hace a la descripción de costumbres y modalidades incaicas para refutar de manera categórica sus afirmaciones, pero el estudio de los monumentos, de las prácticas señaladas por la alfarería y los tejidos y otras expresiones concretas han puesto ya en manos de arqueólogos e historiadores, la posibilidad de desmentirlo en puntos esenciales que demuestran cabalmente la falsedad del conjunto. En cuanto a su versión de la conquista, poco es lo que los conocimientos adquiridos no hayan anulado ya. Pero no faltan poetas y escritores que favorecidos por Apolo y desdeñados por Clío elevan con entusiasmo, solamente comparable a su desconocimiento de la historia, nuevos altares a la verdad torcida, y colocan, sin quererlo, nuevas y dañinas trabas al paso de la verdad, engañados por la versión idealizadora del falaz artista.

Pero ¿para que criticar? tarde o temprano muere lo falso, por más que se propague, y sobrevive lo bueno y lo exacto, pese al olvido y al odio. El tiempo es gran clasificador de calidades.

Ha sido la fantasía la gran enemiga de la historia americana. Felices los raros casos en que Artista, Historiador y Filósofo coinciden en una sola persona. La historia es y debe ser arte, verdad y pensamiento. Para quienes ven en

ella, además, la manera de realizar patriótica obra, prolongando hacia el pasado el sentimiento territorial, en un afán de noble acción nacionalista, es el trabajo de construcción en América; en la actualidad, no sólo una reacción sino un sacrificio. Reacción contra las falsedades e ignorancias de los cronistas; reacción contra las fantasías del amor, del odio o del arte; y sacrificio para acumular,—antes de construir con la inteligencia,—los materiales documentales subalternos y necesarios que han de ser los ladrillos de la obra.

Qué fácil es para los historiadores escribir en forma galana la filosofía de la pasada vida de Atenas, de Roma, de Castilla, apoyándose para ello en ilaciones de hechos ya conocidas e indiscutiblemente aseguradas. En América todo está por hacer. Comenzaron los cronistas por la fantasía en vez de llegar a ella, como se corona la cúspide de un edificio. Y la mayoría de los historiadores que los siguieron, especialmente los primeros después de la revolución, no hicieron sino acudir a ellos sin agregarles los datos que los documentos de los archivos a su alcance habrían podido proporcionarles. Hoy debemos acudir a realizar la obra que ellos no hicieron; una obra modesta pero ineludible: la investigación, la publicación del documento. Hay entre esta acumulación y ordenación de datos fidedignos y las grandes síntesis solares de los historiadores, la misma diferencia que separaba al brillante conquistador del humilde y apacible poblador de tierras sin oro.

Cuando se quiere estudiar un río para volverlo navegable, para adaptarlo a las necesidades de la raza que vive en sus orillas, menester es conocer su régimen, su nacimiento, sus afluentes, la naturaleza de sus aguas, la calidad de su fondo, y remontarlo hasta sus primeros orígenes. Así, cuando un país se organiza y desea adaptar las formas modernas de la civilización a sus modalidades personales, necesita pulsar como un médico sus propios antecedentes de familia, para acertar en la selección del régimen adecuado.

Pero sugestionados los historiadores e historiógrafos

por las divisiones políticas que sucedieron a la revolución, echaron de ver la unidad, la estrechez de parentesco de las instituciones en actividad en las diversas regiones del antiguo virreinato del Perú, y cada cual empenóse con patriotismo en resucitar el trozo local de su historia, sin reparar en que la fragmentación dejaba a estos esparcidos como piezas sueltas de un puzzle dislocado.

El Congreso Argentino quiso salvar en lo pertinente al siglo XVI esa falta grave, debida a las circunstancias, antes que a omisiones o indiferencias voluntarias, y planeó hace seis años, en un proyecto presentado por los señores Leopoldo Melo y Sánchez Sorondo, con una orientación americanista nueva, una colección documental por la que, aplicando al estudio de la historia americana el criterio biológico que consiste en acudir a las fuentes más lejanas, a las causas más hondas, y más generales para trazar el cuadro de dependencia de los hechos que de ellas derivan, se devolvería en forma organizada y sistemática a las naciones dimanadas del virreinato del Perú, lo que el célebre escritor mexicano Icaza llamaba con propiedad, la raíz del árbol genealógico común.

Esas publicaciones, que tengo el alto honor de dirigir, han comenzado a aparecer y van cumpliendo el fin al cual se les destinaba.

Fuera de los siete volúmenes destinados al Tucumán y al Río de la Plata, han sido acogidos los tres tomos de papeles de la Audiencia de Charcas, los dos volúmenes de antecedentes de organización religiosa del virreinato, el tomo de cartas primitivas de la Audiencia de Lima, los tres primeros de papeles de gobernantes y virreyes del Perú y los que seguirán hasta ultimar el siglo XVI, con viva complacencia en todos los países del antiguo virreinato, cuya historia reconstituye, y han sido ya utilizados en señaladas ocasiones para trabajos de crítica y de construcción antes irrealizables.

Un eminente historiador vuestro, don José de la Riva Agüero, al prologar una de las obras con un hermoso trabajo sobre la Audiencia de Lima, decía.

“Subordinadas estuvieron las provincias del Río de la Plata al virreinato del Perú hasta el último tercio del siglo XVIII, pero la subordinación fué harto más estrecha en la primera mitad del siglo XVI hasta la ampliación de los límites de la Audiencia de Charcas, el año 1563, porque se hallaban hasta la indicada fecha sometidas, no solo a la superior autoridad política y militar del Virrey del Perú, sino a la administrativa y judicial de la Audiencia de Lima. Después, por muy largo tiempo, sucedió sobre buena parte de la actual Argentina, a la jurisdicción de la Audiencia de Lima, la de Charcas, hasta la instauración de la de Buenos Aires. En tales condiciones se comprende que estudiar la primitiva historia rioplatense, aislándola de la de los Perús, alto y bajo, con sus órganos directivos, resulta tan artificial y absurdo como estudiarla ignorando la de la metrópoli peninsular y las resoluciones del Consejo de Indias. Para hacer inteligibles la conquista y colonización del Tucumán y el Río de la Plata, hay que incorporarlos, como de hecho y de derecho lo estuvieron, dentro de la vida del virreinato peruano con toda la amplitud que a la sazón éste alcanzaba. Directa o indirectamente, en efecto, dependían del Virrey del Perú, en los tiempos de que tratamos, a más de los distritos de las tres Audiencias de Lima, Quito y Charcas, la gobernación de Chile, la de Tucumán, Jurés y Diaguitas, la de Panamá o Tierra Firme y aun la de Popayán, San Juan y Ancerma, y todas las colindantes entradas en las montañas y territorios inexplorados. Por eso, los documentos que exhibe Le Villier se refieren tanto como a la historia de la Argentina, a la de Bolivia, el Perú, Chile, el Ecuador y Colombia. El autor, termina el señor de la Riva Agüero, se complace en ensanchar la solidaridad que el propio tema impone, obediendo al criterio más generoso y profundo. Y la obra del Congreso Argentino adquiere así transcendencia continental a la que deben estar agradecidas casi todas las repúblicas de Sud-América”.

Tan claramente expuestas quedan en estas líneas la novedad y finalidad de la colección aludida, que obsta entrar

en mayores detalles. Dentro de algunos días oiréis a uno de nuestros más talentosos y eficaces historiadores, el señor Ricardo Levene, exponer ante vosotros cuál ha sido la obra historiográfica y de construcción histórica, realizada por las instituciones y los particulares en la Argentina, desde unos años a esta parte.

Sólo deseo concretar en esta breve síntesis—y lo hago con especial complacencia ante un auditorio tan excepcional y experto—el nuevo criterio seguido en la actualidad por nuestros trabajadores: la dedicación preferente a la reconstitución documental; la oposición a la intervención de la fantasía, la obligación de asentar argumentos y afirmaciones en documentos originales; la necesidad de coleccionar y publicar esos documentos para difundir su utilización; la conveniencia de analizarlos y aplicar a su valor la crítica razonada y comparada antes de darlos por fidedignos. Por fin, la creación artística.

En todas las facetas de la vida, nos encontramos siempre vinculados unos a otros en América, por la expresión del pensamiento, como por vasos comunicantes. Así es como esfuerzos de un lado de los Andes repercuten y se extienden al Norte, al Sur y en el Continente entero, complementándose armoniosamente. La misma obra que realizamos en la Argentina está cumpliéndose con igual entusiasmo en otros países hermanos, y no pasarán numerosos años sin que pueda, por fin, hablarse con propiedad de una historia, no diré de América, porque habrá aún que esperar largo tiempo ese trascendental y exigente título, pero sí de la conquista y de los principios que inspiraron a España al acometerla y encauzarla, como así también la historia de la independencia y las causas que la promovieron. La rectificación necesaria vendrá como obra justiciera. Ya surgen de las primeras páginas publicadas, infinitos aspectos antes ignorados, y múltiples versiones de hechos que servirán para acercarse a la realidad en una forma antes imposible.

En esa tarea han sido principales colaboradores el Instituto Histórico y sus eminentes miembros, quienes nos han

hecho conocer en la excelente Revista del Centro y en ediciones especiales, obras de transcendencia, desconocidas o agotadas que rectifican los primeros juicios de fantasía de los cronistas y los ataques apasionados de los escritores inmediatos a la Revolución, quienes, movidos por el calor natural del momento y del ambiente, anhelaban popularizar la independencia, recordando y exagerando los males de la colonización española.

La fantasía, que es divino consuelo, introduce en la historia deducciones azarosas, comentarios hipotéticos, y la transforma, en el acto, en obra de arte de esencia personalísima. Si ya es de suyo harto complicado desenmarañar en una vida individual cuáles fueron las verdaderas fuerzas que la orientaron en el trazado de su existencia ¿cuánto mayor no será ese mismo dilema en la vida de un pueblo; y ¿cuán perpleja permanecerá la Verdad ante series de hechos y hombres desaparecidos, y ante las causas posibles que los produjeron. A este estudio superior debe por fuerza conducir la historia para prestar al hombre sus luces, pero antes de esa cima, que es el supremo fin, debe poseerse la realidad objetiva imparcial: el documento, con el cual pueda cotejar todo lector,—de acuerdo con sus sentimientos y conocimientos,—el juicio del historiador, con el que suscitan en él las nociones presentadas. El documento no varía y se presta a todas las interpretaciones. El mismo que sirvió a Plutarco para sus fines análisis psicológicos, vuelve a utilizarlo Mommsen para su historia política de Roma, y sin una variación, a la luz del factor económico, toma bajo la pluma de Ferrero nuevos valores. Los criterios cambian, el documento es inmutable como el tiempo.

En cada época, rehace cada pueblo su historia y puede seguirse a través de los siglos, con la evolución de las ideas, cómo utiliza la fantasía movediza de los hombres las nociones nuevas puestas a su alcance por el progreso de las ciencias. El documento es esencial. Es el ladrillo del edificio adaptable a todos los estilos, pero ladrillo, en fin, con el que puede construirse. Reconozco con lealtad que sólo es el

documento visible un fragmento de la verdad total. Nadie escribe sino el relato de lo que fué. ¿Cómo conocer sin confesiones esos secretos de la vida interior que agregan el vicio de su ausencia a los muchos con que las pasiones humanas adulteran la historia? Cuánto nos enseñarían los borradores desconocidos de los actos humanos, ese conjunto de sentimientos que obran sobre las decisiones y sin dejar rastro las encauzan al destino final! Lo único que llega a nosotros es la consecuencia: el acto, y su expresión visible: el documento. Cómo llegó tal acto a resolverse, por qué fué resuelto, tal es el misterio que la historia difícilmente soluciona, y que la debilita como ciencia. A falta, pues, del documento que nunca poseeremos, contentémonos con los que existen. Sólo con él podremos rectificar y construir la obra de verdad y de belleza, de pensamiento y de amor a que todos aspiramos.

Esta obra de rectificación continental y espontánea, solicitada por un noble sentimiento de justicia, ha nacido como consecuencia del resurgimiento triunfal de la civilización americana. Al estimarse a sí misma, después de tanta lucha para la autonomía y el progreso, ha sentido América la necesidad de agradecer a la progenitora, la fuerza de vida, la generosidad de alma y las capacidades para el triunfo, que en sí mismo ahora descubre como un hermoso presente y una magnífica perspectiva para el porvenir.

Tarde o temprano adquiere la historia la verdad total de los hechos. No basta al historiador ante una obra tan grandiosa como la creación de un mundo, analizar las formas, los métodos y los principios de que se valieron los creadores, examinando en estos medios de acción, con lupa de odio o de entusiasmo, las fallas y los aciertos. Debe considerar principalmente los resultados.

Es posible, es seguro, que en la realización de la obra hubo errores e imperfecciones, como imperfectos eran los hombres que la dirigían y la cumplían. Una asociación de ideas derivada de antiguos principios ha llevado a la opinión a juzgar invariablemente funesta la acción inmediata de seres

imperfectos, y a estimar invariablemente convenientes los actos de gobernantes, sabios y moderados. Pero el Destino burlándose de los cálculos de detractores y panegiristas, llega a su hora para asignar a los hechos y a los hombres su importancia relativa y su gerarquía real. Ondulante, caprichoso e irónicamente amoral, raras veces sanciona las intenciones humanas y puede convertir en funesta la obra mejor intencionada, como coronar con la mayor eficacia la de un imperfecto. Enseña así que los hechos históricos, por grandes que parezcan, nada son en sí, y que no puede apreciarse su valor por quienes los provocan, sino por los resultados ulteriores y lejanos. Avanza el Destino inexorable, despreciativo siempre acerca de la calidad de sus instrumentos, persiguiendo rutas que, no está en nuestra finita capacidad prever, pero sí apreciar, cuando el tiempo, cumpliendo con su tarea depuradora, separa las apariencias de la realidad y deja percibir en todo su esplendor la calidad de los frutos obtenidos por el esfuerzo. Y el tiempo depurador, ante los resultados de la obra de España en América, nos permite, nos obliga a sentir orgullo por lo hecho y nos dá fe en el porvenir.

Señor Presidente: Quiero en mi última frase, como en la primera, reiterar al Instituto que tan brillantemente preside, nuestra gratitud colectiva por este señalado homenaje que honra a la vez a nuestras patrias, a nuestras obras, a nuestras elevadas finalidades y a la inquebrantable fraternal amistad de nuestros pueblos. (Gran ovación).

Se hizo después la entrega oficial de los respectivos diplomas, terminando así esta hermosa y significativa actuación.

---